

A Jesús Liz Guiral *in memoriam*

Hoy día primero del mes de febrero del año 2017, he descendido a los archivos antiguos de mi facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza, en compañía de una funcionaria administrativa que primero ha tenido que preguntar a su inmediata superiora si podía bajar acompañada de mi persona. Las he tranquilizado a ambas afirmando que tanto su persona como los documentos que se guardan en ellos iban a estar seguros y tras una breve vacilación, ignoro si porque no entendían la chanza o por otra causa, han accedido a ello.

He descendido por una escalera metálica de caracol a los sótanos, demasiados húmedos para conservar expedientes académicos antiguos y hemos buscado en los compactos por su inicial el lugar donde debía estar (y estaba) el archivador con el expediente académico de Jesús Liz Guiral, de paso unos compactos más allá el de su esposa Maite, ambos muy cercanos, queridos alumnos y especialmente amigos desde que llegaron a comienzos de octubre del año 1976 a esta santa y vetusta casa que milagrosamente se mantiene en pie contra toda lógica.

He solicitado ambos para comprobar fechas y para contemplar una vez más aquellas fotografías de pipilos post adolescentes, recién salidos de sus colegios respectivos para ingresar en el Campus Caesaraugustano. La imagen de Jesús es de lo más tierna, cara de crío bien alimentado, rostro barbilampiño y melena amplia como se estilaba por influencia de los de Liverpool, pero bien peinada y relimpia. Realmente podían haberme facilitado los datos por correo electrónico, aunque estoy convencido de que en mi fuero interno lo que deseaba era volver a verlos con la imagen que tenía (tenían) cuando llegaron a mi primera clase de Historia Antigua de primero de comunes.

Jesús comenzó Historias en el curso 1976-77 y finalizó su licenciatura en el Curso 1983-84, en la convocatoria de junio como procedía a un buen estudiante, aunque sin exageraciones, la practicidad se imponía en él por encima de todo y superar a su ya novia, Maite, era misión imposible, para él y para todos los demás, por su expediente inalcanzable.

Jesús Liz defendió su tesina el 15 de junio de 1982 sobre los puentes del convento jurídico caesaraugustano, publicada luego en la IFC en 1985 y más tarde su tesis doctoral el 29 de abril de 1986 sobre "El Puente de Alcántara: Arqueología e Historia", publicada luego en edición de la Fundación San Benito de Alcántara y el CEHOPU (CEDEX), en 1988, lo que significaba que una ponía los fondos y el otro el logotipo y con presentación firmada por el Ministro de Obras Públicas y Urbanismo del momento, Sr. Javier Sáenz Cosculluela, prólogo del Prof. Manuel Martín-Bueno y epílogo del Prof. José Antonio Fernández Ordóñez. Ni que decir tiene que ambos trabajos académicos habían sido calificados con la máxima nota, bien merecida, de la que resultamos satisfechos tanto el autor, ya doctor Liz Guiral, como su director, este firmante.

La carrera de Jesús fue marcada por la sensatez, la disciplina académica e investigadora, la amistad y fidelidad hacia quien siempre consideró que había asumido por un pacto no escrito, la responsabilidad de contribuir a su puesta en escena profesional definitiva como solíamos hacer en las viejas escuelas académicas. Una *fidelitas* arraigada en sentimientos profundos, que en este caso se sumaban a los personales y familiares, porque entrar en la vida de los discípulos era mucho más que una relación académica y todos los sabíamos. Yo conocía a sus padres y hermanos, ellos me conocían a mí y a mi familia. Con ese estre-



Fig. 1. Ficha de Jesús Liz Guiral. Universidad de Zaragoza.

chamamiento de lazos se facilitaban muchas otras cosas que la ruptura de barreras personales propiciaba sin duda.

La relación académica con un estudiante crítico y sagaz, disciplinado a su manera, que anteponía el interés general al particular, era sencilla y hacía superarse cada día a los profesores que todavía estaban en eso de hacer carrera hasta consolidarse y también a los que con una juventud muy evidente ya habíamos alcanzado esa meta de la cátedra, denominada en algunos corrillos académicos como “el cromosoma Napoleón”, pero sin olvidar nunca quiénes éramos ni dónde estábamos. La prolongación de la actividad en aulas y laboratorios con las excavaciones arqueológicas, *Bilbilis* especialmente y luego *Ategua*, *Baelo Claudia*, Estrecho de Gibraltar, *Gerasa*, San Vicente de la Barquera, *Finisterrae*, *Cavoli* (Italia) y finalmente la Antártida, propiciaron todavía mucho más esos lazos de relación de amistad profunda y camaradería especial. Era de esas personas en las que podías confiar sin reservas, tanto para que nadie olvidase los materiales que había que subir al monte cada día para la excavación de *Bilbilis* (la bota de vino era tan importante como el teodolito y era verdad) como para contribuir eficazmente a la logística de las operaciones. A templar gaitas en las situaciones comprometidas, tanto en tierra como en mar, cuando incluso la vida de uno dependió de la prudencia o arrojo del otro, como para las situaciones más sencillas como irse de cañas por la costa española o de pintas en los *pubs* británicos cuando asistimos a congresos en la rubia y pérfida Albión para tratar de termas y baños romanos.



Fig. 2. Jesús Liz Guiral. (Finisterre 1987)

Una vez independizado en lo administrativo, por su paso decisivo a la cátedra de Salamanca, ya que antes supo sacrificarse con una dignidad y bonhomía excepcional en aras de la lógica humana y administrativa al optar a una plaza en Zaragoza junto a su maestro, en

la que quedó segundo y por lo tanto excluido, aquella universidad recibió un regalo inesperado que espero recuerden durante mucho tiempo.

Jesús Liz Guiral marcaba huella por donde pasaba, era discreto pero eficaz. Práctico, disciplinado e indisciplinado a la vez con la ilógica administrativa de un sistema de valoración, la meritocracia que nos domina, en la que redes de amistades y sistemas de cruces de intereses priman más que la verdadera *sapientia* expresada en el estudio sosegado y profundo, sin necesidad de estar presionado por plazos y valoraciones de aquellos lugares adonde hay que dirigir los resultados de tus trabajos para que sumen un poco más que en aquel otro lugar (publicación) en el que sin duda podrían tener una mayor repercusión social y patrimonial como es el caso de las Humanidades. Jesús se fue sin admitir, razonadamente, estos corsés impuestos por medio de los cuales muchos despuntan y alcanzan cotas que nunca habrían obtenido por la vía tradicional, pero volvamos a otras cosas.

Hay momentos en la vida en los que tenemos oportunidades excepcionales de alcanzar cotas de comunicación extremas en las que sin necesidad de hablar, te entiendes con tu interlocutor. Con Jesús me ocurría eso y él lo sabía, lo mismo que en sentido contrario. Hablábamos mucho o poco, lo necesario, pero funcionábamos como un viejo motor de barco bien engrasado, tal vez porque estuvimos mucho tiempo juntos en la mar, fuera o bajo el agua y eso une. Pasear por las playas antárticas, subir a unos riscos que se desmenuzaban a nuestro paso o correr bajo un glaciar que amenazaba desplomarse por los ruidos que hacía, que presagiaban la caída, como así fue en una ocasión, al poco de atravesarlo, es algo que queda para el recuerdo y que en el momento descarga adrenalina. Igual te ayudaba cuando interpretaba que necesitabas ayuda y no ibas a pedirla, como descendía subrepticamente y te cerraba la llave de paso de la botella al regulador cuando estabas a una quincena de metros. Siempre buceaba de manera muy sigilosa un metro por encima de ti y un metro por detrás para vigilar y cubrirte las espaldas. Era el compañero perfecto.

Su capacidad de diálogo hizo que siempre tuviera mano con los trabajadores del campo, tanto entre los labriegos de Huérmeda o el grupo de gitanos de Calatayud, con los que nos entendíamos a la perfección, como con los paisanos andaluces en su estancia de inspección con los alemanes en Munigua o luego en *Baelo Claudia* o la misma *Ategua* en la que era el más dispuesto a descender a un sondeo cuadrado y vertical de siete metros de profundidad al que los demás no estaban muy dispuestos y lo manifestaban.

Con sus alumnos siempre tuvo una relación especial, no importando si eran andaluces, aragoneses, leoneses o multiculturales en Salamanca, allá o acullá. Jesús era el profesor Jesús Liz, querido por todos y respetado por el resto de sus colegas por su equilibrio, saber hacer, bondad y sentido de la oportunidad. Es de suponer que en sus múltiples tránsitos automovilís-

ticos entre Salamanca y León donde residían Maite y Cristina, hasta la desaparición, también prematura de la primera, tuvo mucho tiempo para pensar en su vida, en su familia y en sus amigos. Eso me lo contó en nuestro último encuentro en su casa de Salamanca cuando ya la enfermedad estaba avanzada, en conversación privada, mientras Marisa Cancela y Enrique Ariño trasteaban en la cocina para preparar la comida, a la que se sumó Cristina Liz Amaré con su arrolladora personalidad en busca permanente de un lugar en el mundo. Jesús y yo nos despedimos ese día sabiendo que era la última vez que nos veríamos como así fue y rememoramos algún recuerdo como la última anécdota que aquí plasmaré acompañada de prueba documental que he heredado de su despacho como algunas otras cosas que me acompañarán hasta que nos encontremos de nuevo cuando toque y donde sea.

La anécdota se produjo un día de febrero de 1995 cuando estábamos en la Base Eduardo Frei Montalva, en Isla Rey Jorge en la Antártida, esperando desde hacía un par de semanas la llegada de un vuelo que nos sacase de aquella ratonera en la que estábamos atrapados por mor de la climatología antártica (“puto clima”, le decíamos) que nos obsequiaba con una borrasca tras otra que impedía la entrada de los aviones de transporte (los Hércules) en la corta pista de tierra con que se contaba.



Fig. 3. Jesús Liz Guiral y Manuel Martín-Bueno (Antártida 1994).

Por la noche y en el comedor de la hospedería chilena estábamos bastante desesperados unos cuantos investigadores, militares, funcionarios y gestores de varios países. Ecuatorianos, chilenos, bolivianos, uruguayos y españoles. Los más numerosos los chilenos del INACH, nuestros compañeros del proyecto San Telmo. La comida a esas alturas era deplorable, se agotaban las provisiones ya que cerraban las bases o bien quedaban bajo mínimos por el invierno inminente. El barco de suministro no había llegado y allí estábamos bloqueados más de la cuenta consumiendo lo que quedaba que era poco y malo. Unas ensaladas penosas, unas “guatitas” (tripas) con su olor característico que no soportábamos, algunas lentejas o porotos y de postre o bien gelatina de color amarillo o gelatina de color rosa. Las bebidas brillaban por su

ausencia, todo estaba agotado y cada día alguien sacaba del fondo de su petate un paquete de galletas, una par de latas de cerveza, de coca cola o incluso (los menos) una botella de güisqui o de ginebra, que invariablemente era precedida por la frase de “esto es lo último que me queda”.

Los españoles, a esas alturas Jesús Liz, su cuñado Julio Amaré, físico y espartano de pro, Juan Ulibarri y yo mismo, éramos los que no habíamos podido salir antes ya que decidimos ser los últimos por una cuestión de disciplina y coherencia. Una noche, con la frase “esto es lo último que me queda” repetida hasta la agonía, un amigo boliviano, militar de la base próxima, apareció con un envase de hojalata, rectangular, que se tuvo que abrir perforando dos esquinas con un abrelatas. El curioso envase tenía pegada en un costado una etiqueta de papel en la que junto a la marca Guabira, decía “alcohol potable” de 96°. Nos la ofreció con la frase de rigor casi con miedo porque no consideraba que aquello fuera digno de la concurrencia y me la entregó, por ser el de más edad y al parecer categoría científica, gesto que agradecí tomando aquel tesoro, una reliquia casi a la que adorar, y tras observar y leer la etiqueta dije, pues adelante. El oficial boliviano escanció un vasito pequeño con aquel líquido transparente y me lo ofreció a mí el primero. Recuerdo que Jesús cuando lo tomé en la mano me dijo, Manolo me parece que es algo más fuerte que el aguardiente de Galicia. No le hice caso (más me hubiera valido) y ni corto ni perezoso entre las miradas expectantes de la concurrencia me lo eché al colete de una vez.



Fig. 4. Lata de Alcohol potable de 96°, marca Guabira. (Antártida 1995).

Mis ojos debieron de traslucir fielmente la sensación que produjo al descender por el gástrico hasta llegar al estómago y más abajo. Todavía me acuerdo del momento, de los ojos de sombrero del resto y de Jesús que con su sonrisa beatífica exclamó: “¡Te lo había dicho!”. Así era él, pero dicho esto puedo asegurar que todos siguieron con entusiasmo la iniciativa y se agotó en un plis plas. Jesús se trajo la lata como prueba en el equipaje y ahora yo la conservo con cariño con su recuerdo.

Prof. Manuel Martín-Bueno
Zaragoza, 01.02.2017